

MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

por

M. B. A. MENDILAHARSU

CUANDO María Eugenia Vaz Ferreira estaba aquí, nosotros vivíamos en un constante desvelo para que ella no perdiera su ilusión; porque su ilusión en los seres y en las cosas del mundo era frágil y temblorosa como una pequeña luz en el viento.

Ella había dicho:

*Yo quiero un vencedor de toda cosa,
invulnerable, universal, sapiente,
inaccesible y único.*

Para mantener viva esa ilusión suya, ella había trazado para sus elegidos, quizás subconscientemente, una línea de vida siempre en marcha de superación. Esta línea infranqueable, sería densa en contenido para colmar su anhelo en el tiempo. Este camino del hombre sobre la tierra sería pródigo en profundidad de espíritu, inteligencia, humanidad, estética, pureza y fineza imponderables y dignidad elevada al grado más alto.

Su sueño iba muy lejos. Por eso, alguna vez, la vimos contemplar con mirada melancólica y leve sonrisa escéptica, aunque misericordiosa, los inevitables derrumbes de sus siempre futuros ídolos. Pero, milagro-

samente, el camino de vida que ella ansiosamente buscaba para los otros, lo siguió ella misma sin saberlo, y sin claudicación de ninguna clase, hasta su muerte.

La conocimos de cerca. Supimos de su vida ajustada a la ley perfecta de la libertad cristiana y admiramos su victoria sobre sí misma. Su obra literaria pudo ser más grande o más fecunda de acuerdo a su extraordinaria capacidad mental y a su fuerza creadora pero deliberadamente no lo quiso. No quiso escribir más de lo que dejó escrito. No pudo decir lo que no quería decir. Su secreto fué impenetrable para nosotros. Su pureza y su fineza imponderables permanecieron desconocidas para quienes no tuvieron sensibilidad para comprenderlas.

Su calor de humanidad lo comprobamos, día a día, al ver su convivencia con los seres humildes. No en actitud protectora, como lo hacen muchas otras mujeres, sino compartiendo la vida con ellos, naturalmente, en la comunidad y con la generosidad que lo realizaron los primitivos cristianos.

Tuvo una cátedra de literatura y un alto cargo en la Universidad de la República, cargos que mantuvo a la altura de sus excepcionales condiciones; pero más de una vez le oímos decir que si por circunstancias adversas no pudiera seguir en el cumplimiento de esas obligaciones, estaría dispuesta a realizar la tarea más humilde para no recibir retribución alguna sino a cambio de su trabajo. Y nosotros decimos a cambio de su trabajo y de su inadaptación, y de su insomnio, y de su angustia. . .

"L'homme dépasse infiniment l'homme" dice Pascal. Así la humanidad trascendida de María Eugenia —acaso la nostalgia de Dios— hizo que su vida no fuera capaz de permanecer mucho tiempo en la tierra.

En una de sus últimas salidas, por las calles de Montevideo, se dirigió a una casa donde se encontró con una puerta oscura, desgraciadamente cerrada. Para no hacerla sufrir más no se le dijo el por qué de esa clausura. Poco tiempo después su alma habrá encontrado otras puertas, muy altas, que se abrieron jubilosamente a su llegada.

La ausencia de María Eugenia Vaz Ferreira ha creado su presencia, continua y translúcida, entre nosotros.

Tal fué el poder de su paso por el mundo.